

AQUÍ
EMPIEZA
TODO

(HOLDING UP THE UNIVERSE)

Jennifer Niven

Traducción de Liwayway Alonso Mendoza





Yo no soy un cerdo, pero estoy a punto de hacer una cerdada. Y tú me vas a odiar, y no serás la única que me odie, pero de todas formas voy a hacerla, para protegerte y para protegerme yo también.

Sé que suena a excusa, pero tengo una cosa que se llama prosopagnosia. Eso quiere decir que no reconozco las caras. Ni siquiera las caras de la gente a la que quiero. Ni la de mi madre. Ni la mía propia.

Imagínate que entras en una habitación llena de desconocidos, personas que no significan nada para ti porque no conoces ni sus nombres ni sus historias. Después, imagínate que vas al colegio o al trabajo o, peor aún, a tu propia casa, donde tendrías que conocer a todo el mundo, solo que también allí todos te parecen extraños.

Así es mi vida: entro en una habitación y no reconozco a nadie. Me pasa en cualquier habitación, en cualquier lugar. Me guío por los andares de la gente. Por los gestos. Por la voz. Por el pelo. Me aprendo a

las personas por identificadores. Me digo: «Dusty tiene orejas de soplillo y un peinado afro castaño rojizo», y memorizo ese dato porque me sirve para encontrar a mi hermano pequeño. Pero no soy capaz de evocar una imagen de él, con sus enormes orejas y su peinado afro, a no ser que lo tenga justo delante. Eso de recordar a la gente es para mí como un superpoder que, por lo visto, todo el mundo posee menos yo.

¿Que si me han hecho un diagnóstico oficial? No. Y no es solo porque creo que el doctor Blume, el pediatra del pueblo, no está cualificado para eso. No es solo porque en estos últimos años mis padres han tenido mierda de sobra que aguantar. No es solo porque vale más no ser diferente. Es porque, en el fondo, espero que esto no sea cierto. Que quizá sea algo que se pasa y se va sin más. Por ahora, así es como me las arreglo:

Asiente o sonríe a todo el mundo.

Sé encantador.

Sé *cool*.

Sé alucinantemente divertido.

Sé el alma de la fiesta, pero no bebas. No te arriesgues a perder el control (cosa que ya te sucede bastante cuando estás sobrio).

Presta atención.

Haz todo lo que haya que hacer. No destagues. Cualquier cosa con tal de no convertirte en presa. Siempre es mejor cazar que ser cazado.

Con todo esto no pretendo excusarme por lo que estoy a punto de hacer. Pero tampoco está de más

que lo tengas en cuenta. Esta es la única manera de evitar que mis amigos hagan algo mucho peor, y es la única manera de acabar con este estúpido juego. Solo quiero que sepas que no me gusta hacerle daño a nadie. No es por eso. Aunque eso es lo que está a punto de suceder.

Con mucho cariño,

JACK

P.D. Eres la única persona que conoce mi problema.



Prosopagnosia 1. f. Incapacidad para reconocer los rostros de las personas conocidas, por lo general causada por un daño cerebral. 2. f. Cuando todo el mundo es un desconocido.

18 HORAS ANTES



LIBBY

Si de mi mesita de luz saliera un genio de la lámpara, le pediría estos tres deseos: que mi madre estuviera viva, que jamás me volviera a suceder nada malo ni triste, y que me aceptaran como miembro de las Damas del instituto Martin Van Buren, el mejor grupo de animadoras del área de los tres estados.

«Pero ¿qué pasa si las Damas no te aceptan?»

Son las 3.38, y a estas horas de la madrugada mi mente empieza a dar vueltas, salvaje y descontrolada, como hacía mi gato *George* cuando era pequeño. De pronto, ahí va mi cerebro, trepando por las cortinas. Ahí está, columpiándose en la estantería. Ahí está, con la pata metida en la pecera y la cabeza bajo el agua.

Me quedo recostada en la cama, con la mirada perdida en la oscuridad. Mi mente se dedica a rebotar por todo el cuarto.

«¿Qué pasa si te vuelves a quedar atrapada? ¿Qué pasa si hay que derribar la puerta de la cafetería o la pared del baño para sacarte? ¿Y si tu padre se casa y luego se muere

y tú te quedas con la nueva mujer y con los hermanastros? ¿Y si tú te mueres? ¿Y si el cielo no existe y no vuelves a ver a tu madre?»

Me digo a mí misma que tengo que dormir.

Cierro los ojos y me quedo muy quieta.

Muy quieta.

Por unos minutos.

Obligo a mi mente a recostarse a mi lado y le digo: «Duerme, duerme, duerme».

«¿Y si llegas al colegio y te das cuenta de que las cosas han cambiado y los chicos son diferentes y, por mucho que lo intentes, jamás podrás estar a su altura?»

Abro los ojos.

Me llamo Libby Strout. Seguro que has oído hablar de mí. Seguro que has visto el video donde me tienen que rescatar en mi propia casa. Según el último recuento, ya lo han visto 6.345.981 personas, así que no me extrañaría que tú fueras una de ellas. Hace tres años, yo era la Chica más Gorda de América. Llegué a pesar 296 kilos, así que tenía unos 226 kilos de sobrepeso. No siempre he sido gorda. Muy en resumen, te diré que mi madre se murió y yo engordé, aunque de algún modo todavía sigo así. Mi padre no tiene la culpa de nada.

Nos mudamos a otro barrio, en la otra punta de la ciudad, dos meses después de que me rescataran. Hoy en día puedo salir sola de casa. He bajado 136 kilos. El peso de dos personas juntas. Aún me faltan unos 86 kilos, pero eso ahora no me preocupa. Me gusta ser quien soy. Para empezar, ahora puedo correr. Y subirme a un coche. Y comprar ropa en el centro comercial en lugar de encargarla. Y puedo girar sobre mí misma. Quizá eso sea lo mejor de

ahora comparado con aquel entonces, aparte de no pasarme el día temiendo algún fallo orgánico.

Mañana es mi primer día de clases desde que estudié el quinto curso. Mi nuevo título será el de Chica de Instituto. La verdad, suena mucho mejor que aquello de Chica Más Gordita de América. Pero no puedo evitarlo, estoy MUERTA DE MIEDO.

Me va a dar un ataque de pánico.



Todavía no ha sonado la alarma y ya me está llamando Caroline Lushamp, pero dejo que salte el contestador. Sea lo que sea, no puede ser bueno, y todo será por mi culpa.

Me llama tres veces y deja solo un mensaje. Estoy a punto de borrarlo sin escucharlo siquiera cuando me pregunto si se le habrá averiado el coche y necesita ayuda. Al fin y al cabo, llevo cuatro años saliendo de manera intermitente con ella. (Somos la típica pareja. Esa pareja que se pasa la vida saliendo y cortando y todo el mundo da por supuesto que acabaremos juntos para siempre.)

—«Jack, soy yo. Ya sé que nos estamos tomando un tiempo o lo que sea, pero es que se trata de mi prima. MI PRIMA. ¡Como lo oyes, Jack, MI PRIMA! Si querías vengarte de mí por haber cortado contigo, entonces felicitaciones, cretino, lo has logrado. Si me ves hoy en clase o por los pasillos o en la cafetería O EN CUALQUIER OTRO LUGAR DEL PLANETA, no me hables. Mira, hazme un favor y vete al infierno.»

Tres minutos más tarde llama la prima. Al principio me parece que está llorando, pero después se oye a Caroline por detrás, y la prima empieza a gritar y Caroline grita también. Borro el mensaje.

Dos minutos más tarde, Dave Kaminski me manda un mensaje de texto para avisarme de que Reed Young quiere patearme la cara por haber salido con su novia. Le contesto: «Te debo una». Y va en serio. Si me pongo a contar, Kam me ha ayudado a mí más veces de las que yo lo habré ayudado a él.

Todo este lío por una chica que, la verdad, se parecía tanto a Caroline Lushamp que la confundí con ella; por lo menos, al principio. Así que, aunque suene raro, Caroline debería tomárselo como un cumplido. Es como reconocer ante todo el mundo que quiero volver con ella, aunque cortó conmigo la primera semana de verano para poder salir con Zach Higgins.

Se me ocurre mandarle un mensaje para decírselo, pero en vez de eso apago el teléfono y cierro los ojos para comprobar si soy capaz de retroceder hasta el mes de julio. Mis únicas preocupaciones eran ir a trabajar, buscar cosas en el desguace municipal, desarrollar mis proyectos (alucinantes) en mi taller (increíble) y pasar el rato con mis hermanos. La vida sería mucho más fácil si fuera solo Jack + desguace + taller increíble + proyectos alucinantes.

«No tendrías que haber ido a esa fiesta. No tendrías que haberte tomado una copa. Sabes que no puedes confiarle. Huye del alcohol. Huye de las multitudes. Huye de la gente. Siempre acabas enojando a todo el mundo.»



Son las 6.33 y estoy levantada, de pie delante del espejo. Pasé una racha, hace dos años y pico, en que no podía ni quería mirarme. Lo único que veía era la cara arrugada de Moses Hunt, gritando desde la otra punta del patio: «¡Nadie te querrá nunca porque eres una gorda!». Y las caras de todos los demás chicos de quinto cuando se empezaron a reír. «Hasta la luna taparás. Gordi Grasa, vete a casa, que si no el sol no pasa...»

Hoy en día, cuando me miro, suelo verme solo yo: el bonito vestido azul marino, las zapatillas, la media melena de un tono castaño que mi entrañable aunque algo chiflada abuela definió como «un color idéntico al de una vaca de las tierras altas». Y el reflejo de la enorme y sucia bola de algodón que es mi gato. Se llama *George* y me mira con sus sabios ojos dorados. Intento imaginar lo que podría decirme. Hace cuatro años le diagnosticaron una insuficiencia cardíaca y le dieron seis meses de vida. Pero yo lo conozco bien y sé que solo *George* decidirá cuándo ha llegado la hora de irse. Me mira parpadeando.

Ahora mismo creo que me diría que respire.

Así que respiro.

Ya soy una experta en esto de respirar.

Bajo la mirada hacia mis manos y veo que no me tiemblan, aunque tengo las uñas comidas hasta los huesos. Es raro, pero me encuentro bastante tranquila dadas las circunstancias. Ahora caigo: al final no me dio el ataque de pánico. Esto hay que celebrarlo, así que pongo uno de los viejos discos de mi madre y empiezo a bailar. Lo que más me gusta es bailar, y todo lo que pienso hacer en la vida es bailar. No voy a clases desde que tenía diez años, pero llevo el baile dentro y eso no me lo quita la falta de práctica.

Me digo para mis adentros: «A lo mejor este año puedes hacer una prueba para entrar en las Damas».

Mi cerebro sale disparado, trepa por la pared y se queda allí, temblando. «¿Y si no sale bien la cosa? ¿Y si te mueres antes de que te llegue a pasar nada bueno y maravilloso y alucinante?» Desde hace dos años y medio, mi única preocupación ha sido sobrevivir. Todas y cada una de las personas que hay en mi vida, y ahí me incluyo, han vivido pendientes de una sola cosa: «Tienes que mejorar». Y ya estoy mejor. «¿Y qué pasa si ahora se llevan un chasco, con todo el tiempo y la energía que me han dedicado?»

Bailo con más empeño; quiero dejar de pensar. Entonces mi padre golpea la puerta. Asoma la cabeza.

—Ya sabes que me encanta escuchar una buena canción de Pat Benatar a primera hora de la mañana, pero ¿qué les parecerá a los vecinos?

Bajo un poquito el volumen, pero sigo moviéndome. Cuando termina la canción, busco un marcador y me pinto un zapato. «Mientras vivas, siempre habrá algo espe-

rándote; y aunque sea algo malo, y tú sepas que es malo, ¿qué le vas a hacer? No puedes dejar de vivir.» (Truman Capote, *A sangre fría*.) Luego tomo la barra de labios que me regaló mi abuela por mi cumpleaños, me acerco al espejo y me pinto los labios de rojo.